

elevacion tan pasmosa! Pues esta elevacion unida á aquella profundidad, es la medida de los mares que da el Profeta. La imaginacion apenas la alcanza.

“Mas sonó de tu voz el trueno fiero.
Y huyeron espantados...”

¡Qué voz debería ser tan poderosa, para que hiciera á estos mares abandonar su posesion, huir despavoridos, y precipitarse en su fuga, para quedar encarcelados y dejar libre la tierra!

En el cuadro sexto se añade:

“Mas tornará tu soplo, y renovado
Repararás el mundo:
Será sin fin tu gloria, y tú alabado
De todos, sin segundo.
Tú que los montes ardes si los tocas,
Y al suelo das temblores.”

El rasgo de pintar el poder de Dios animándolo todo con su soplo, es muy sublime; pero lo son, sin duda, más los últimos versos en que el ligero contacto de su dedo convierte los montes en llamas, y hace vacilar el mundo. El pasage tan ponderado de la Iliada, en que el solo sacudimiento de la cabellera de Júpiter conmueve el Olimpo, no iguala á este, en que no se agita, sino que se inflama y consume la materia menos combustible, á la aproximacion del dedo del Todopoderoso, y el globo entero se queda en una oscilacion de angustia.

Añadiremos algunos ejemplos de la poesía griega.

La Iliada, al hacernos la pintura de la diosa de la discordia, nos dice que tiene:

“La cabeza escondida allá en los cielos,
Y sus plantas asienta acá en la tierra.”

Esta medida dada por el entusiasmo de Homero, era la mas sublime y la mas propia para representar el influjo y el poder de este genio infernal.

De este modo pinta la marcha de los dioses:

“Cuanto espacio divisa un hombre puesto
En la orilla del mar sobre alta roca,
Tanto avanzan de un salto los caballos,
Que tiran de los dioses la carroza.”

Todo el horizonte es la medida de este salto: “¿Quién (dice un crítico recomendable) al ver la magnificencia de esta hipérbole, no exclamará con razon, que si los alazanes de los dioses quisieran dar un segundo salto, no les bastaria todo el espacio del mundo?”

No es menos magnífico el pasage en que pinta el carácter del guerrero, que pide la luz á Júpiter, aunque tenga que combatir contra él.

“Destierra, ¡oh gran Dios! de nuestro campo
Las espesas tinieblas que nos cercan,
Y despues con la luz, si te agradare,
Entra contra nosotros en pelea.”

Digamos ahora algo de la poesía latina.

El audaz Turno, creyendo perseguir á Eneas, cuya imágen habia puesto Juno en un barco, salta en él; pero es apartado de su campo, y bien pronto reconoce su error. Entonces, poseido de una indignacion desesperada, dirige esta súplica al viento:

“Ten tú piedad de mí, animoso viento,
Y condesciende al punto al ruego mio:
Aumenta el soplo, esfuerza el bravo aliento,
Y en dura roca rompe este navío.”

Tal debía ser el lenguaje de un valor indignado, á la vista de un engaño que podia eclipsar la gloria á tanto precio adquirida.

Despues hace decir Virgilio al impío Mecencio, al acometer á su enemigo:

“Mi diestra, que es mi Dios, y aquesta lanza,
Que en ella firme é impávido meneo,
Me den en este paso buena andanza,
Y cumplan mi justísimo deseo.”

Pero todavía hay mas osadía, mas arrogancia, y mas ciega confianza en sí mismo, en los siguientes versos que el poeta pone en boca de Eneas:

“Así lo haga el padre omnipotente
De los dioses: él quiera aliento darte!
Hágate el alto Apolo tan valiente
Que conmigo te atrevas á trabarte.”

En la literatura oriental se encuentran tambien rasgos muy sublimes. Tales son los siguientes, tomados de los fragmentos de Antar:

“Vale mas morir combatiendo, que vivir en la esclavitud. Mientras se me cuenta en el número de los esclavos, mis acciones atraviesan las nubes para elevarse hasta donde es imposible subir.

“La muerte es una fuente de la cual es indispensable beber tarde ó temprano. Cesad, pues, de reconvenirme, porque si no me muero, será preciso que me maten. Quiero vencer á todos los reyes, que están ya cerca de mis piés temiendo los golpes de mi brazo terrible. Hasta los tigres y los leones me están ya sumisos. Cuando apercibo la muerte, la haria un turbante de mi sable.”

“Mi guarida está en la polvareda del campo de batalla.

“He hecho huir á los guerreros enemigos, arrojando á tierra de un golpe el cadáver de su gefe. Ved su sangre que gotea de mi sable.”

Pasemos á la poesía inglesa.

Sublime es el rasgo que Milton pone en boca de Satanás, en su *Paraiso perdido*:

“Salgo á buscar la libertad de todos,
Solo y sin compañero;
Que peligros partir con nadie quiero.”

De la muerte dice que era:

“Negra como la noche mas oscura,
Y cual diez furias infernales brava.”

Y despues añade:

“Del escuálido espectro la amenaza
Mil veces mas horrible hizo su traza.”

Young abunda igualmente en pasages sublimes, principalmente en la paráfrasis del libro de Job. Del mar dice:

“Cuando horrible tormenta le oscurece
Y con hirvientes olas le embravece,
Viendo allí impreso mi inmortal decreto
Que dice: á tu furor es concedido
Llegar aquí, no pases atrevido,
Las olas amansando con respeto,
En su centro obediente se contiene,
Y la orilla á besar humilde viene.”

Presentar á Dios escribiendo, sobre la arena de las playas, el decreto que debe enfrenar la cólera de los mares, es un pensamiento tan gigantesco como profundo: y la antítesis que le sigue, es tan feliz como bella.

Del caballo hace una magnífica pintura, concluyéndola de este modo:

“Responde relinchando denodado
Del clarín enemigo al son guerrero,
Hasta que desangrado
Da el último sollozo y el primero.”

En los pensamientos que siembra este autor en sus *Noches*, se encuentra del mismo modo mucha sublimidad. En la quinta dice:

“La opulencia en que el rico se complace,
De los héroes la gloria y las proezas,
De los monarcas mismos las grandezas,
Todo al fin se termina en: “aquí yace.”

En otra parte dice del Altísimo:

“Tú mandas, y soles se encienden y mundos existen. Vuelves á mandar, y aquellos se apagan y éstos perecen. Con una mirada tranquila los ves nacer, y con la misma aniquilarse Hiciste seña con una de tus miradas poderosas, y al momento salieron mundos enteros de la nada, y ocuparon su lugar; hiciste otra nueva seña, y desaparecieron. De todo esto no sentiste mas alteracion que la que experimenta el sol á la vista de los insectos, que sus primeros rayos hacen nacer, y mueren antes de ponerse.”

He aquí otra pintura de un conquistador, notable por su sublimidad.

“¡Cuán formidable es un rey á la cabeza de un ejército de guerreros, dispuestos á marchar á su primera orden! Manda, y cien mil espadas brillan. El se acelera para hacer la conquista del mundo. El lustre de sus armas reverbera hasta las nubes; el terror le anuncia, y

la desolacion le sigue. Ejércitos enteros huyen cuando él se acerca, y cada uno de sus pasos es una victoria. Las naciones tiemblan delante de él, y los pueblos se prosternan bajo su yugo, muy dichosos aún de ser sus esclavos. El rumor de sus conquistas ha penetrado ya hasta los confines de la tierra, y se adelanta á señalar los límites que él ha puesto á sus victorias. Llega hasta los desiertos de la Arabia, y no siente sino el no haber hallado una resistencia digna de él.

“El orgullo transforma su valor en furor; y en este frenesí blasfema del Todopoderoso; pero este Señor ve su audacia, y su soplo agita las arenas del desierto, así como los vientos sublevan las olas del mar. El cielo se oscurece repentinamente, el día se eclipsa; montañas de arena cubren al insolente mortal, y él y todos sus guerreros son ahogados en el polvo. Un momento los aniquila, y ni aun sus vestigios subsisten ya.”

Los siguientes rasgos al hablar de Lisboa, son mas atrevidos todavía:

“Sus cimientos reposan sobre montañas nacidas con el tiempo en un mismo día: sobre montañas cuyas raíces se pierden en los abismos del Océano, que une y separa al mismo tiempo los mundos: sobre montañas que no pudieron ser movidas cuando una parte del mundo fué tragada por las aguas; cuando Atlante se abismó y mandó al laborioso Océano produjese el Mediterráneo. La cima de sus torres se perdía en las nubes, y la soberbia altura de sus suntuosos palacios era desde lejos el brillante punto de vista hácia el que miles de velas se encaminaban diariamente para disponer de las riquezas que conducian de todas las partes del universo. . . . Pero la hora terrible de su destino llegó, y la hirió. . . . El Omnipotente hace una seña repentinamente, los va-

pores de las cavernas subterráneas se abrasan, y extendiéndose con una incomprensible rapidez, levantan la corteza exterior de la tierra. Ensoberbécese el fondo del mar, y tres veces el Océano es arrojado fuera de su lecho, é igual número de ellas tiemblan las costas de ambos mundos. Los reinos, asombrados, ven á sus monarcas huir con espanto de sus vacilantes tronos, olvidando sin trabajo en este instante, que eran dioses; y he aquí el momento que va á decidir la suerte de Lisboa. Los cimientos de las montañas se conmovieron hasta las raíces mas profundas, y sus campanarios y palacios son derribados por un horrendo fracaso, enterando debajo de sus ruinas á una multitud de habitantes; y he aquí cómo un cuarto de hora terrible abisma la obra de muchos siglos. ¡Oh Dios mio! ¿Quién es semejante á tí? El cielo es tu trono, y la tierra tu tarima. Tú puedes humillar á los grandes y elevar á los pequeños; hacer de un rey un esclavo, y de un esclavo un rey, y reducirlos ambos á polvo.”

Seria no acabar nunca, si quisiéramos presentar todos los modelos sublimes que se ofrecen á nuestra lección. Citemos ahora algunos de la poesía española.

Don Manuel José Quintana ha dicho en su canto al armamento de las provincias españolas contra los franceses en 1808:

“Eterna ley del mundo aquesta sea;
En pueblos, ó cobardes, ó extragados,
Que rueda á su placer la tiranía:
Mas si su atroz porfía
Osa insultar á pechos generosos,
Donde esfuerzo y virtud tienen asiento,
Estréllese al instante

Y de su ruina brote el escarmiento.
Dijo así Dios: con letras de diamante
Su dedo augusto lo escribió en el cielo,
Y en torrentes de sangre á la venganza
Mandó despues que lo anunciase al suelo.”

Esto último especialmente es de todo punto atrevido, gigantesco y sublime.

Del mismo género es el siguiente pensamiento de D. Alberto Lista, en su composición sobre la Providencia.

“Deja que á la virtud hermosa y pura
La adversidad persiga,
Y que al malvado la fortuna impura
De rosa y de laurel corone amiga;
Deja al desorden que domine al mundo. . . .
Vendrá el terrible dia
Que arranque á la maldad el cetro inmundo,
Y grite el cielo. . . . La venganza es mia.”

Este último rasgo es muy sublime, y su sublimidad se realza por la antítesis.

Don José de Espronceda, pintando en sus fragmentos del Pelayo, el combate de Sancho con el moro, dice:

“Y envueltos entre el polvo que levantan,
La tierra en torno, al embestirse, espantan.”

En el canto del Cosaco presenta estas sublimes imágenes.

“¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!
La Europa os brinda espléndido botín:
Sangrienta charca sus campiñas sean,
De los grajos su ejército festin. . . .
¿Qué! ¡No sentís la lanza estremecerse,
Hambrienta en vuestras manos de matar?

¿No veis entre la niebla aparecerse
Visiones mil que el parabien os dan? . . .
A cada bote de la lanza ruda,
A cada escape en la abrasada lid,
La sangrienta racion de carne cruda
Bajo la silla sentireis hervir.
Y allá despues en templos suntuosos,
Sirviéndonos de mesa algun altar,
Nuestra sed calmarán vinos sabrosos,
Hartará nuestra hambre blanco pan."

Por lo que se ha dicho antes, y por los modelos que profusamente se han presentado, podrá distinguirse con facilidad el sublime, y conocerse en qué está todo su secreto. Distínguese en la honda impresion que hace en nosotros; en que nos eleva sobre nosotros mismos; en que embarga nuestra sensibilidad; en que nos deja un recuerdo intenso, recogido y como religioso, que da por algun tiempo un barniz solemne y fantástico á todos nuestros pensamientos. Miramos como animados de cierta cosa sobrenatural á los que nos hablan este lenguaje, y un eco misterioso sigue obrando en nuestra mente y en nuestro corazon hasta despues de haberse desvanecido en el espacio. Sus golpes se parecen á las heridas que profundizan hasta la parte mas sensible del cuerpo humano, las cuales causan un dolor mas vivo y duradero.

Pero no á todos los objetos se presta igualmente esta entonacion. Es necesario que el asunto lo requiera por su importancia, para que se emplee este medio con suceso, y sin degenerar en hinchazon y en ridiculez. El sublime, como hemos visto, es la mas poderosa de todas las formas del pensamiento, para producir una impul-

sion penetrante y vibradora en el ánimo de los que nos escuchan; pero es necesario no solo saberlo emplear con oportunidad, sino usarlo con medida y parsimonia. Es la exhalacion que cruza con velocidad; el rayo que nos sobrecoje, tanto por su fuerza, como por su rapidez. La elevacion y la tension extraordinaria que causa, no pueden sostenerse por mucho tiempo, porque el alma no puede permanecer sino cortos instantes en el estado de embriaguez y de fascinacion, á que la llevan estos arranques. Nuestros ojos no sufren por mucho tiempo una luz muy viva; así tambien nuestro espíritu no se sostiene sino instantáneamente sobre su nivel, á una altura que no es la ordinaria de sus impresiones y de sus afectos. El que quiera producir un efecto grande, que no lo prodigue.

Desde luego puede conocerse que el sublime necesita el auxilio de la imaginacion. El talento del pintor consiste en elegir la actitud en que tiene mas vida su pintura; el talento del orador sublime, en pasar revista á todos los pensamientos, y escoger aquel cuya impresion debe ser mas maravillosa y decisiva. A las veces, la sublimidad está en un solo rasgo, y entonces no debe tener otro adorno que la sencillez. Pero otras veces se dilata y enriquece algun tanto, y entonces llama en su ayuda el colorido de las imágenes. Estas no son otra cosa que la pintura de los objetos sensibles, cuya reminiscencia llama una idea ó un sentimiento, que nunca despertarian los objetos metafísicos ó invisibles. Por este medio se da vida, cuerpo y movimiento hasta á las materias mas abstractas, y el lenguaje habla á la vez al alma, al corazon y á los sentidos. Tal es nuestra organizacion, que á pesar de preponderar en ella el alma sobre el cuerpo, necesitamos para producir efecto en la

primera, echar mano de las cosas que mas inmediatamente tocan á las impresiones y dominio de este último.

Tenemos, pues, ya conocido el objeto de la elocuencia, las cualidades del discurso y del orador, el mecanismo de los tropos y figuras, y la teoría y uso del sublime: demos un nuevo paso para empezar á formar un discurso, y hacer con todos estos fragmentos una estãtua entera y proporcionada.

no puede permanecer sino...
de embargarse y de fascinacion...
artandose...
una fax muy viva...
sostiene sino instantaneamente...
luna que no es la ordinaria...
alectos... El que quiera producir un efecto grande que no lo prodiga.

Desde luego puede conocerse que el sublime reside en el auxilio de la imaginacion. El talento del pintor consiste en elegir la accion en que tiene mas vida su pintura: el talento del orador en pasar revista á todos los pensamientos que se le ocurren, y escoger el que debe ser mas maravilloso. A las veces la sublimidad está en un solo rasgo, y entonces no debe tener otro adorno que la sencillez. Pero otras veces se dilata y entrasece algun tanto, y entonces llama en su ayuda el colorido de las imágenes. Estas no son otra cosa que la pintura de los objetos sensibles, cuya terminencia llama una idea ó un sentimiento, que nunca despertarían los objetos metafísicos ó invisibles. Por este medio se da vida, cuerpo y movimiento hasta á las materias mas abstractas, y el lenguaje habla á la vez al alma, al corazón y á los sentidos. Tal es nuestra oratoria, que á pesar de preponderar en ella el alma sobre el cuerpo, necesitamos para producir efecto en la

El exordio debe por objeto preparar al auditorio y por consiguiente es aquel cuando se le encuentra ya preparado. Entonces debe aprovecharse esta disposicion favorable y del momento, antes que se disipe y por las razones que Capman capere una de sus mejores partes sin exordio alguno, y entiendo desde luego en que se funda. Capman tambien dice: Capman...
la proposicion se omite por lo comun porque ya está en el pensamiento y objeto del discurso, y por lo que expone en el discurso, y á aquel el aire de escolasticismo, que tanto desuora de su elevacion y natural soltura.

LECCION VI.

De la formacion de un discurso.

HASTA aquí no hemos podido hacer otra cosa que marchar por un camino trillado desde muy antiguo, puesto que los tropos y figuras tienen su nombre é índole propia, consagrados desde el origen de la elocuencia: y no han sido menos detalladas las reglas generales que deben dirigir la locucion.

Ahora podemos empezar á elevarnos algun tanto á la línea filosófica y al desenvolvimiento de los principios. El que quiera componer un discurso, lo primero que debe saber es, cuántas partes entran en su formacion, para disponerlas de un modo conveniente. Los retóricos nos han dicho que estas partes son: exordio ó introduccion, proposicion, division, narracion, argumentacion ó parte de prueba, refutacion, parte patética ó de afectos, epílogo y conclusion; mas con poco que se discorra, se observará que esta enumeracion no es exacta.